

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 100

Administración: Cristóbal Bordu, 1, Madrid

15 de Agosto de 1902

La evolución de la Filosofía en España.

Filosofía social: Su raíz.—Pi y Margall: su obra política; su obra socialista; su obra filosófica.—El espíritu de Pi y Margall en la evolución socialista.—Serrano y Oteiza, Farga Pellicer, Anselmo Lorenzo.

Las razones que hacen decir á la gente pensadora que el progreso en todas sus fases es una cantidad continua y no una cantidad separada, se basan en la imposibilidad en que se ven para determinar dónde nace una idea ó un conocimiento, una especie de animales ó una especie de plantas. Está tan íntimamente ligado todo en el orden filosófico y en el orden científico, en el orden animal y en el orden vegetal, que no hay manera de decir: aquí empieza esta especie de filosofía y aquí acaba esta clase de seres.

Hay quien dice que la filosofía social nació con Hegel; otros consideran que halló su vida en Comte; algunos, más exigentes, no ven filosofía social hasta las doctrinas de Proudhon. Sin embargo, filosofía social había en los filósofos griegos, sobre todo en aquellos que se dedicaban á la extensión y educación del individuo y de la colectividad, y en las ideas de los llamados Santos Padres que tendían á la implantación del bien social con doctrinas comunistas. Pero generalmente hay filosofía social en todo pensamiento que se dedica á mejorar el estado de las personas y de las sociedades.

En estos términos planteado el problema, ¿podemos saber en qué pensador nació la filosofía social? De ningún modo. Lo que se presenta más claro es que los filósofos de últimos del siglo XVIII y principios del XIX se dedicaron, casi sistemáticamente, á la propagación de la igualdad económica, poniendo esta propaganda por encima de todo principio moral y ético, al contrario de los filósofos griegos, y por encima de toda idea religiosa y mística, contrariamente de lo que hacían, los pensadores de la Iglesia cristiana.

Al discutir aquel período de la humanidad antes indicado, hemos podido ver de qué manera la filosofía social se apoderó de las inteligencias relegando á segundo término cuestiones que, como la religiosa y la política, habían obtenido la preferencia hasta entonces.

Hay, no obstante, un entrelazamiento tan complicado en todo pensamiento filosófico, que aun en el que domina cierta especial corriente se notan porciones de otras variedades intelectuales. Así, por ejemplo, en todo principio metafísico y filosófico existen principios morales y éticos, y en toda doctrina de transformación social existen principios metafísicos, filosóficos, morales y éticos. Es decir, la nota dominante de un pensador, ó de una época cualquiera, podrá ser la estética, la sociología, la moral, etcétera; pero en la obra de una edad, ó de un hombre se verán siempre porciones de todos los ramos de la inteligencia y aun de toda la obra intelectual de la especie humana, desde que ésta se dió á pensar en sí misma y en las cosas que le rodeaban.

Es indudable que en el idealismo filosófico de Hegel y en el positivismo social de Comte dominaba el elemento sociológico reformador, contrario á las corrientes que imperaban, y que de aquellos dos colosos del pensamiento, á quienes servían de adorno y de ayuda los humanistas de la escuela de Fourier y de Saint Simón, salieron primero Proudhon, luego Bakunín y Carlos Marx y más tarde nuestro gran Pí y Margall, superior á los otros en conjunto é inferior á Proudhon en la lucha por la idea y á Bakunín en la acción revolucionaria (1).

Y sea de ello lo que fuere, un hecho claro y real se presenta á nuestra vista al estudiar esta orientación de la filosofía española, á saber: que la filosofía social en nuestro país es de origen francés, así como la metafísica y la filosofía contemporánea son de origen alemán.

Pí y Margall representa en este respecto lo que Sanz del Río en el otro. Julián Sanz del Río se dió á la tarea de traducir y de vulgarizar las ideas de Krause, y Francisco Pí y Margall se dedicó á la traducción y vulgarización de las doctrinas del primero que en la Cámara de Francia dijo que la propiedad era un robo.

Pero en la filosofía social española hay más pensamiento español que en la filosofía propiamente dicha, porque Pí y Margall tenía, en este particular y en otros, más ideas propias que Julián Sanz del Río.

No conocemos ramo del saber del que Pí y Margall no haya hablado con novedad y valentía. Se dedicaba, sin embargo, más que á otros trabajos, á la crítica de arte y de política y á la exposición sociológica. Aunque por el lado que nos interesa más, dada la índole de esta obra, es por el social, no dejaremos de consignar, antes de entrar en el fondo de este estudio, que Pí y Margall ha sido el mejor crítico de arte de la España contemporánea.

Su empezada y no concluida *Historia de la pintura en España* es un monumento de estética y de filosofía. Como Víctor Hugo, como Tolstoi, como Eschiller, como Goethe, como Guyau, como Zola, decía que el arte ha de tender á un mejoramiento moral y social de la especie humana, sin cuya condición es artificio de inteligencias ingeniosas, pero no hermosas obras de geniales artistas.

En la obra antes nombrada, cuya conclusión se suspendió de Real orden, dando con ello patentè prueba de lo perniciosa que á los grandes caracteres y grandes obras ha sido la autoridad, se ven pensamientos nuevos y atrevidos, de un atrevimiento y de una novedad no igualada por nadie en España. Maravilla de qué manera se relaciona y compara el arte, la filosofía y la ciencia en este laboratorio inmenso de la historia artística y de la inteligencia humana.

Porque en la *Historia de la pintura en España* hay que admirar, más que la inmensa

(1) Al escribir la parte de *La evolución de la filosofía en España*, que se refería á Pí y Margall, vivía aún el autor de *Las luchas de nuestros días*, y el deseo que sentíamos de que fuese él el que prologara esta obra, nos hizo ser parcos en alabanzas al insigne escritor y honrado filósofo.

Muerto, hemos modificado el contenido de las presentes cuartillas, dejando libre el pensamiento y la pluma para decir cuanto de bueno pensamos del hombre y de su obra, ya que no hay temor de que padezca la honradez literaria y la modestia personal del Catón español.

Nuestro deseo de que Pí y Margall escribiera un prólogo para esta obra, cuando se publicase en libro, estaba casi cumplido, pues visitado al efecto por nosotros poco tiempo antes de morir, nos contestó que haría con mucho gusto lo que le pedíamos si sus muchas ocupaciones, sus compromisos y sus años le dejaban tiempo para ello, añadiendo: «Deseo dejar algo escrito sobre las ideas que ustedes defienden y que tantas simpatías me inspiran, antes de dejar este mundo, y la ocasión me parece oportuna». — *Nota del autor.*

erudición artística, el gran caudal de ideas propias y de consideraciones maravillosas que se establecen para deducir la superioridad del arte con objeto humano, sobre el arte sin objeto, que el autor llama sin seso.

Y como en toda obra de cerebro macho, cual Zola, cual Ibsen, cual Rusken, por un contrasentido el poeta de la evolución darwinista y el poeta de la emancipación moral de la mujer, en la obra de Pí y Margall se puede colocar por encima de todo sentimiento y de toda idea, la idea y el sentimiento de un bien común y de un bien individual á la vez, que no repara en castas ni en pueblos y que hace de sus creaciones obras cosmopolitas é inmortales: inmortales, porque en sí llevan algo de este perfecto y justo ideal humano que parece alejarse y perfeccionarse más cuanto más avanza y se perfecciona el hombre; y cosmopolita, porque hay un sentimiento y una aspiración común á todos los hombres y á todas las razas de la tierra.

* * *

Afiliado Pí y Margall, por sus obras y por sus palabras, á la extrema izquierda hegeliana, dé ella arranca su radicalismo religioso, artístico, político y social.

No hablaremos del político; el político aquí nos interesa poco, y es, por otra parte, lo que vale menos de Pí y Margall, porque es lo que más tiene de común con la generalidad de las personas. Pí y Margall político muchas veces estaba en pugna con Pí y Margall pensador y sociólogo.

Las ideas contenidas en *Reacción y Revolución*, en *Las luchas de nuestros días*, y singularmente en sus artículos *Reflexiones*, escritos dos años antes de morir, son mucho más radicales que las expuestas en el programa que escribió para agrupar á sus parciales. Y es que el programa político era una concesión otorgada al medio social, y la exposición filosófica era el producto de su inteligencia, libre de compromisos y de convencionalismos.

Si una inteligencia de primer orden se dedicara á escribir la historia del Poder ó del principio de autoridad, las demás personas podríamos ver claramente cómo aquel principio va perdiendo su brillo y su fuerza en relación inversa á la cultura humana. La autoridad pierde su fuerza grado á grado. Los talentos por consagrar no toman hoy como artículos de fe la palabra de los consagrados. Podemos aplicar este aserto hasta en la Iglesia y en el Ejército, las dos instituciones más autoritarias de nuestros días. En arte, en política, en filosofía, en ciencia, el principio de autoridad no existe ya: ha muerto en brazos del experimento y de la iniciativa individuales. En el orden moral, cuya consecuencia suprema es la *santidad de la ley*, se propaga la ineficacia de la ley en muchas cuestiones sin relación con las doctrinas anarquistas, y hemos visto cómo la evolución de la filosofía y de la ciencia propiamente dicha, por lo que á España se refiere, conduce á un principio anárquico. Si este resultado obtenemos por el lado artístico y filosófico, por el lado político y social lo obtendremos aún más decisivo.

En los cenáculos que los pensadores franceses constituyeron después de la gran revolución, vimos escribir libros y sentencias contra toda ley y contra toda autoridad, que no hemos de repetir aquí. Pero aquélló, si era ya un sistema de filosofía socialista, no era aún un sistema de filosofía antiautoritaria, por más que inconscientemente la autoridad perdiera su razón de ser, su brillo y esplendor.

En los cerebros de Hegel y de Proudhon, las prerrogativas de la autoridad llegaron ya muy débilmente; en el de Pí y Margall perdieron aún mucho más. Y como, en nuestro sentir, en el cerebro de Pí y Margall se engendró la luz del primer destello anarquista en

España, y como esta es la parte que nos interesa de Pi y Margall, no tanto para complacer nuestra vanidad de partidarios de la anarquía, como para continuar la evolución de la filosofía en España, nos dedicaremos á demostrar que la parte política de la filosofía española evoluciona hacia la anarquía, y que tiene en Pi y Margall el primer germen anarquista. Conviene tener en cuenta, porque por diferentes caminos llegaremos á una conjunción ideal sin un propósito deliberado por parte del autor, que al estudiar la filosofía religiosa nos hemos encontrado con una conclusión pesimista y escéptica que caracteriza fray Ceferino González, y que la filosofía propiamente dicha evoluciona en Giner de los Ríos y en sus discípulos Alfredo Calderón y Pedro Dorado por el lado del derecho político y por el lado antropológico, hasta muy cerca del anarquismo, dentro de él por lo que al último se refiere. Con la evolución del espíritu religioso no contamos para esta empresa. La Iglesia morirá sin transigir con la evolución del pensamiento, porque no puede transigir con su propia muerte, con la muerte de los dioses y del sacerdocio que representa esta gran corriente del positivismo científico, filosófico y social que es la nota característica de la evolución pura y simple.

En esta situación, veamos cómo se presenta y qué representa Pi y Margall:

«Proclamóse en aquella época (1812) como principio la soberanía del hombre; ¿se podía ya impedir su desarrollo con envolverle bajo un manto de rey y entre los vapores de la mirra y del incienso? Dejad que cada español vaya meditando sobre el principio, y no necesitáis más para que *rompa el yugo de la autoridad humana y la divina*. Los sucesos no tardarán luego en venir á socorrerle para la realización de su pensamiento y su deseo; la autoridad misma, presa en las redes de la contradicción, se presentará absurda y vacilante; los sacerdotes comprometerán á su Dios, queriendo defenderle; las reacciones darán de cada vez más fuerza y vigor al principio combatido.»

«El hombre no está condenado á sufrir eternamente los males que le afligen. Su inteligencia disipa de día en día las nieblas que la oscurecen y confunden; su voluntad está mejor determinada; su libertad se educa. Vendrá, á no dudarlo, tiempo en que, conocida ya la ley de la humanidad, sus relaciones marcharán perfectamente de acuerdo con los destinos de su raza. La libertad y la fatalidad serán entonces idénticas, no habrá motivos de lucha, y una aureola inextinguible de paz circundará ya la frente del niño al saltar del seno de su madre.»

«Para mí la república es aún poder y tiranía. Si la idea del contrato social estuviese bien determinada, no sólo no dejaría en pie la monarquía; no dejaría en pie ni la república.»

«*Homo sibi Deus* ha dicho un filósofo alemán: el hombre es para sí su realidad, su derecho, su fin, su Dios, su todo. Es la idea eterna que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma; es el sér de los seres; es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira á determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.

»Un sér que lo reuna todo en sí es indudablemente soberano. El hombre, pues, todos los hombres son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende la mano sobre otro hombre es un tirano; es más: es un sacrilego.»

En el orden filosófico hasta hoy ningún anarquista ha dicho más que lo que queda expuesto. En Pi y Margall el principio anárquico, que hemos visto desde los pensadores del siglo XVIII acá, se convierte en sistema filosófico. Los discípulos directos de esta filosofía de Pi y Margall, no los discípulos de su política que podríamos llamar práctica, llevaron aquel sistema filosófico á la sociología é hicieron de él una doctrina militante con acción inmediata.

Mas hacia acá, en la inmortal obra *Las luchas de nuestros días*, comparable sólo por su forma con los diálogos que Platón puso en labios de su maestro, decía Pi y Margall:

«Me pregunta usted que de dónde deriva entonces la autoridad, y voy á contestarle: Autoridad contra los acuerdos y las manifestaciones de mi razón y de mi conciencia, empiezo por decir á usted que no la reconozco en nadie. Si no hay razón superior á la mía, ¿en quién habré de reconocerla? Todo el que se arroga la facultad de imponerme la suya, es para mí un tirano. Tampoco admito autoridad en nadie para regir mi vida puramente individual, limitando por ejemplo el uso de mis facultades ó el de mis fuerzas.»

«La vida individual tiene un regulador en nuestra propia razón y en nuestra propia conciencia; la vida social no puede menos de tener el suyo. De aquí la autoridad que tanto á usted preocupa. Y bien; esa autoridad, ese regulador social, ¿en qué puede tampoco estar sino en la razón y la conciencia de los asociados?»

«Es antisocial á mis ojos toda ley que fomente ó mantenga la desigualdad entre los hombres; injusta, la que coarte el derecho sobre las cosas fruto exclusivo del trabajo.»

Esto en cuanto á la libertad; en cuanto á la igualdad, las afirmaciones de Pi y Margall no son menos claras.

Dice en el citado libro, tan hermoso como poco conocido:

«Gracias á este régimen, el del dominio, la tierra, que debería haber sido para todos los hombres fuente de libertad y de vida, ha venido á ser para los más origen de pobreza y servidumbre. ¿Cabe en lo humano que se deje tan en absoluto en manos de unos pocos lo que para todos es necesario?»

En los ya citados artículos *Reflexiones*, que tuvimos el gusto de discutir cuando se publicaron en *El Nuevo Régimen* para aclarar dudas que se presentaban á los ojos de Pi y Margall sobre la posibilidad de poder armonizar el individualismo con el comunismo, la libertad con la igualdad, en cuya armonía veía resuelto Pi y Margall el problema planteado por los anarquistas, se ve marcado con caracteres de todo el mundo visibles la evolución que experimentaban las ideas del pensador que nos ocupa en el sentido de hacer un nuevo cuerpo de doctrina, si no para el político, para el sociólogo; propósito que cada día iba adquiriendo carácter más acentuadamente de actualidad y de batalla en los discursos que pronunciaba y en los artículos que escribía. Recordamos que una vez, en el Centro Federal, terminó una de sus conferencias con las siguientes palabras: «Hemos de abrir nuestro espíritu y preparar nuestra bandera para recibir las modernas ideas de igualdad y de libertad».

El Sr. Pi y Margall no podía referirse al sentido que podríamos llamar clásico de las palabras igualdad y libertad, puesto que los federales lo sostenían y lo sostienen en su programa político. Indudablemente se refería á la igualdad económica y á la libertad que defendemos los anarquistas. Así lo hace suponer los antecedentes filosóficos del autor de *Estudios sobre la Edad Media*.

En esta situación de ánimo halló al Sr. Pi y Margall la definición que Fernando Tarrida hizo de la anarquía en un mitin celebrado en Londres.

Preocupado con el estudio de nuestras ideas, en el número del *Nuevo Régimen* que siguió á aquella declaración, ya trataba del asunto Pi y Margall, diciendo que si lo que había expuesto nuestro amigo era anarquía, á la anarquía nos dirigíamos todos. ¿Qué duda cabe de que á la anarquía va la humanidad?

Puede decirse que la obra política del Sr. Pi y Margall se confunde con su obra socialista y su obra filosófica. Político y filósofo era el más avanzado de España; socialista fué el maestro de los actuales anarquistas militantes, como demostrará este estudio. En cualquiera de sus notabilísimas obras hallaremos al profundo pensador y al hombre abierto á los grandes ideales de justicia. Las ideas de tolerancia y de libertad, más aún de autonomía individual, que imperaba en sus trabajos literarios, hizo de los hombres que le seguían inteligencias dispuestas para la concepción de doctrinas que se reputan utópicas porque se estiman demasiado justas.

Así, su obra política vino á resultar, á la postre, obra socialista, porque pocos son los individuos que se llaman partidarios ó discípulos de Pi y Margall que no tengan por pasajero este estado social y por tirana la misma república. En cuanto al pensador, era ateo en religión; pues su panteísmo no reconocía dioses inmortales, ni creadores de las cosas y de los hombres, ni existencias sobrenaturales. De ahí el que su espíritu, ayudado por el ambiente y por los problemas que había planteado el pensamiento moderno, resultase un espíritu creador de anarquistas. Partidario de la autonomía individual como político, de la igualdad y de la libertad absoluta como sociólogo, y de la emancipación completa de la conciencia como filósofo, el que abrazase su credo había de hallarse dispuesto á hacer de la idea del filósofo, de la del sociólogo y de la del político, una doctrina práctica dentro de las actuales luchas por el ideal.

Federales habían sido antes de ser anarquistas Oteiza, Fargas Pellicer y Teobaldo Niéva; federales fueron también en su juventud Fermín Salvochea, Enrique Borrell y José Lluñas; federales eran no hace muchos años, porque son jóvenes aún, Ricardo Mella y Fernando Tarrida, y de Pi y Margall recibió Anselmo Lorenzo una de las más grandes impresiones revolucionarias que ha recibido en su vida.

Todos estos elementos, lo mejor de los propagandistas y de los luchadores de la anarquía en España, han salido de la mentalidad política, filosófica y socialista de Pi y Margall, y á quien dejaron atrás, no en concepción radical, sino en táctica.

Pi y Margall tenía como programa mínimo de su aspiración, el programa federal con lucha y agitación política, y como programa máximo para una aspiración humana é internacional, las doctrinas que componen el socialismo. Sus discípulos de la izquierda se separaron de la lucha política y prescindieron de lo que podemos llamar programa mínimo para defender, propagar y luchar por el máximo únicamente tan pronto llegaron á España noticias de que lo que había escrito su maestro en sentido filosófico y como ideal remoto, agitaba ya la conciencia en el terreno de la lucha diaria en otros países, para cuya evolución les había preparado tan magistralmente las obras de Pi y Margall.

Pronto la «Asociación Internacional» de los trabajadores dió forma á esta nueva aspiración. Y tan bien disponía la inteligencia de Pi y Margall para el ideal socialista, que muchos federales entraron á formar parte de la «Internacional». Verdaderamente en esta Asociación fué cuando los discípulos de Pi y Margall se dividieron en dos bandos. Uno el de los políticos con lucha política, y otro el de los anarquistas con lucha económica. Estos empezaron á publicar periódicos y folletos por su cuenta, en cuyas columnas

llevaron la ciencia y el espíritu de la concepción filosófica y sociológica de Pi y Margall, que coincidía, precisamente, con lo que Bakunin, Fanelli y Caffiero propagaban en el extranjero, aun cuando no se habían emancipado del todo de las luchas políticas y parlamentarias, como lo demuestra el que el primero apellidara á la organización que creó dentro de la «Internacional», «Alianza democrática socialista», y el segundo fuese diputado en el Parlamento de Italia y miembro de la citada «Alianza», que algunos calificaron de anarquista.

La concepción anarquista fué concretándose, sin embargo, y las palabras que Pi y Margall había escrito ya por entonces «Para mí la república es aún poder y tiranía», «Todos los hombres son ingobernables», «Todo poder es un absurdo», «Todo hombre que extiende sobre otro su mano es un tirano», hicieron su efecto al ponerse en relación con las doctrinas del gran revolucionario, autor de *Dios y el Estado* y fundador de la asociación de los nihilistas rusos que en la historia de las agitaciones por la libertad de los pueblos, se conocí con el nombre de «Tierra y Libertad».

En el campo republicano y del republicano en el federal y del federal en el socialista que crearon las discusiones de Pi y Margall y Castelar entre individualistas y socialistas, se encontraba Juan Serrano y Oteiza cuando ingresó, el año 69, en la «Asociación Internacional», y cuando esta Asociación se dividió en autoritarios y anarquistas en el Congreso celebrado en La Haya el año 72, tomó el partido de los antiautoritarios. Ya desde entonces fué concretando su pensamiento en sentido ácrata, en artículos, folletos y hojas sueltas, hasta la fundación de *La Revista social*, que dirigía. Hijo de un abaniquero y abaniquero él también en su juventud, por su constancia en el estudio llega á ser un escritor ameno y culto, cultivando varios géneros de literatura, como la novela, el drama, el periodismo y el folleto. De Serrano y Oteiza son: *El pecado de Caín*, novela premiada en el certamen de Alicante (1876); *Pensativo*, novela premiada en el primer certamen socialista celebrado en Reus (1885), y *La Moral del Progreso*, en nuestro sentir la mejor obra de Oteiza y que ha servido de libro de lectura en las escuelas laicas, agotado hace ya bastantes años.

De esta suerte iba concretándose, tomando forma militante, la semilla anarquista que germinó en el cerebro de Pi y Margall.

De Rafael Farga Pellicer puede decirse lo mismo que de Serrano y Oteiza. Federal antes de la revolución de Septiembre y hasta poco tiempo después, ingresó en la «Internacional» y se afilió al bando antiautoritario en el citado Congreso de La Haya, adonde asistió en representación de los obreros españoles. Desde entonces no cesó de propagar las ideas anarquistas en revistas y periódicos, como *La Federación*, *La Revista social*, *El Productor* y *La Acracia*.

Como se ve, la evolución de la filosofía propiamente dicha y de la filosofía social en España, nos conduce á la anarquía; es decir, hacia la concepción filosófica de una sociedad de hombres iguales en medios de vida y en derechos y sin leyes escritas.

En adelante, siguiendo la evolución del pensamiento español, podremos hablar siempre de pensadores que viven, y las notas históricas y biográficas se traducirán en documentos escritos precisamente por los interesados, para ilustrarnos en la materia que discutimos. Tienen estos documentos un valor grandísimo: el que les da el hecho de haber sido escritos sin pensar que habían de ser publicados, y que sirven maravillosamente á nuestro intento de descubrir el pensamiento y la psicología particular de cada autor.

Modestia, sinceridad y franqueza hemos visto en la carta de Pedro Dorado. Lo que

ella nos dice, difícilmente lo hubiéramos podido adivinar concretando nuestro estudio á la lectura de sus obras. Sin embargo, la carta del catedrático de Salamanca nos marca claramente el camino recorrido por su inteligencia poderosa y por su laboriosidad extremada, y nos lleva como de la mano por entre un terreno tan difícil de pisar sin tropezos. Por eso mismo lo emprendimos con quienes pudimos.

Véase ahora la formación del pensamiento de Anselmo Lorenzo, tal como lo explica una pluma que se mueve para escribir á quien ha considerado hijo, compañero y hermano á la vez, y cuyas palabras confortaron su ánimo en días difíciles para la tranquilidad del espíritu, para la libertad individual y hasta para la vida.

«Querido amigo Urales: Tu demanda me pone en un verdadero compromiso, porque ha pasado tanto tiempo y he andado tan desarreglado en punto á lecturas, que he de remover montones de recuerdos y aun echar mano de muchos de ellos completamente abandonados y relegados al olvido para componer algo que pueda serte útil.

»De muchacho, al entrar en la adolescencia, pasé una enfermedad que me duró unos cuatro años, y que más de una vez me tuvo á punto de liquidar; siempre que podía, ayudaba á mi madre en su trabajo, y cuando no, leía; entonces leí mucho, aunque con escaso provecho; todo lo nacional y extranjero editado á cuartillo de real la entrego, pasó ante mí, apelando á parientes, amigos, conocidos y vecinos para tener provisión abundante de lectura.

»Por entonces vino á mis manos un tratado de astronomía popular, escrito por un canónigo de Toledo; la idea de la pluralidad de los mundos, admirablemente expuesta á lo que recuerdo, caida de improviso sobre mi pobre inteligencia cuando yo sólo tenía la ligera idea de cosmogonía genesiaca contenida en el catecismo, me cambió por completo. Con ingenua espontaneidad y rápida concepción se me representaron las humanidades ó como se llamen los conjuntos de habitantes que pueblan el número infinito de mundos que ocupan el espacio sin límites, y consideré que si la segunda persona de la trinidad cristiana ha de andar por esos mundos sufriendo muerte y pasión para redimirlos del dominio del diablo—y así debe de ser, porque en ningún mundo puede existir la perfección cristiana, y el nuestro, tan enclenque y desmedrado, comparado con esos otros que brillan como estrellas de primera magnitud, no puede ser una excepción privilegiada,—tiene faena para toda una eternidad, trabajo evitable con sólo que el autor de todo lo creado diese un poco más de formalidad y continencia á los Adanes y á las Evas universales. Con esto se me evaporó mi cristianismo; cuando poco después leí *Las Ruinas de Palmira* y otras obras de ilustración y propaganda, no hallé más que confirmaciones de mis pensamientos.

»Mi iniciador en las ideas de reforma social fué Eugenio Sué. *El Judío errante* y *Los Misterios de París* me dieron una triste idea de la sociedad, produciéndome asombro y desconsuelo tan refinada maldad empleada en la lucha de pasiones é intereses tan discordantes. *Martín el expósito* fijó mis ideas: cuando ví á Martín, educado como un santo, frente á un comisario de policía, recibiendo esta respuesta: «Si no puede usted vivir, arréglese como pueda; la ley no puede preverlo todo». Y luego apelar al suicidio, porque no tiene más medio de vida que el crimen, me hice un juicio y un propósito que con los años no ha hecho más que fortalecerse, el cual bien á la vista está para cuantos me conocen; desde entonces soy anarquista.

»En posesión ya de estas ideas, desdeñé la novela. Pasaron muchos años y fué necesario mucho tiempo de sufrir la influencia de la crítica y aun del reclamo de la nueva literatura para que me decidiese á leer á Galdós y á Zola, y con ellos á otros autores de

la novela que pudiéramos llamar científica, por cuanto más que la observación de caracteres y de grupos de hechos se propone la demostración de tesis racionales.

»Tuve ocasión de leer á Pí y Margall en sus buenos tiempos, cuando era pensador revolucionario y no había descendido á jefe de partido. Leí *La Razón*, revista revolucionaria, *La Reacción* y *La Revolución*, y devoré con ansia su campaña socialista en *La Discusión* y el *Homo sibi Deus* de Hegel, tan magistralmente expuesto por Pí; se me metió en la cabeza de modo tan fuerte y arraigado, que no lo sacaría ni el casco de hierro que empleaba Portas en el castillo maldito.

»Proudhon acabó de remachar el clavo: leí casi todo lo que de él tradujo Pí, pero lo que me impresionó más fué una obra que creo no ha sido traducida, y que yo traduciría de buena gana si hubiera editor que quisiera publicarla, titulada: *De la creación del orden en la humanidad*.

»Así se hizo mi iniciación y mi educación revolucionaria. Preparado de ese modo y cumplidos mis veinticuatro años, que recuerdo por el hecho de que para la votación de las Constituyentes de la gloriosa pude echar en las urnas un manifiesto abstencionista en lugar de una candidatura, me encontré entre los iniciadores y organizadores de la «Internacional», y entonces las circunstancias me obligaron á ser orador y escritor, haciendo mi debut de lo primero en las reuniones librecambistas de la Bolsa de Madrid, y de lo segundo en *La Solidaridad*, órgano de la sección internacional madrileña en 1869. De ello conservo gratísimos recuerdos, y cuando pasados treinta años comparo mis entusiasmos y mi fe en la revolución y en el progreso de entonces con mi fe y mi entusiasmo de hoy y me veo fuerte como si no hubiese pasado el tiempo, me siento feliz, me respeto y casi me admiro; te lo confieso con toda sinceridad.

»De tal modo juzgué entonces los hombres y la sociedad y formulé mis pensamientos, que hoy, viejo y achacoso, pareceme que tengo los veinticuatro años de entonces, y estoy por asegurarte que no he sufrido desengaños, por la sencilla razón de que de joven no me engañé en mis juicios.

»No sé si es eso lo que me pides; tal como es, recibe este recuerdo de amigo y compañero de fatigas.—*Anselmo Lorenzo*.—Marzo, 18, 1900.»

La línea de la evolución en la filosofía española se va marcando perfectamente. En vida de Anselmo Lorenzo, y con la ayuda de su talento y de su pluma, el ideal se perfecciona más aún evolucionando siempre.

FEDERICO URALES.

JUSTICIA Y ECONOMIA

Puede decirse que hasta que el socialismo moderno suscitó la idea de *justicia* y *economía* sociales, no se tenía un concepto claro de estas ideas.

Por *justicia* se consideraba los preceptos morales consignados en los libros sagrados ó las prescripciones legales.

Por *economía* entendiáse el conjunto de prácticas rutinarias transmitidas tradicionalmente en los distintos ramos de la actividad humana.

Era la *justicia* la Biblia y el Código; era la *economía* la rutina envejecida y aceptada sin examen.

La idea de *justicia*, que ha de ser la última expresión del trabajo del pensamiento en lo moral, y la de *economía*, que representará el dominio científico de la materia, tomadas de lo pasado y respetadas como cosa histórica y tradicional, constituyen un error gravi-

simo, cuya consecuencia inmediata es dificultar el progreso, convirtiendo en reaccionarios a los poderes, las instituciones, las costumbres y a un número inmenso de personas.

La razón es clara: considérese si se quiere el cristianismo allá en su origen como un progreso inspirado por la idea de justicia que protesta contra los errores y la corrupción del paganismo; considérese igualmente el derecho romano como un progreso social y político respecto de la imperfecta organización de los Estados anteriores. ¿Puede aceptarse que el cristianismo y el derecho romano sean la fórmula absoluta de la justicia? Veinte siglos de dominación durante los cuales la historia archiva un cúmulo espantoso de guerras, revoluciones, pleitos y todo género de crueles y sangrientas desavenencias, responden negativamente.

Las necesidades materiales de la vida son apremiantes é imprescindibles: para llenarlas cumplidamente era necesario tener una noción justa del derecho para que todo consumidor cumpliera sus deberes sociales sin faltar á la justicia, y después necesitábase un conocimiento suficiente, ya que absoluto no era posible, de la materia utilizable y adaptable á las necesidades humanas, juntamente con una organización equitativa del trabajo, del cambio y de la distribución de los productos. ¿Puede creerse que con la carencia de circunstancias tan esenciales existiera la economía? Las crisis industriales, la aglomeración de habitantes en los grandes centros de población, la miseria de las poblaciones rurales, las emigraciones en masa y las guerras para la conquista de nuevos mercados, dan también respuesta negativa.

En el orden moral es justo lo que por el concurso de todos á todos beneficia por igual.

En el orden material es económico lo que por todos y para todos produce más y mejor resultado con menos esfuerzo.

Si con el criterio que de estos principios sociales se desprende juzgamos la actual sociedad, llegaremos á un severísimo juicio.

Encontramos que el producto se obtiene por el concurso de capitalistas y obreros: los primeros en posesión del crédito, del capital, de las primeras materias y de los instrumentos de trabajo; los segundos poseyendo únicamente sus brazos y un empirismo práctico.

Para el capitalista la propiedad del producto, más los beneficios de su venta.

Para el obrero que ha vendido su trabajo por el jornal, hállase el peligro de verse despojado de su oficio, único medio de subsistencia, por la adopción de una nueva máquina, y cuando como consumidor ha de adquirir el mismo producto que ha creado, há de pagar la usura al capitalista.

Semejante fundamento social, considerado con el criterio de la justicia, es inmoral é injusto, por cuánto viene á ser un pacto leonino en que el que contribuye con más es el que reporta menos en odiosa desproporción; considerado con el de la economía, es desordenado é irregular, toda vez que con ese sistema de producción se pierden fuerzas, inteligencias, actividades é iniciativas.

Tan inicuo como torpe procedimiento es causa de un dualismo social que divide á los hombres en explotados y explotadores, y se opone á la fraternidad y solidaridad que debe existir entre todos los miembros de la gran familia humana.

Vemos, pues, que lo que en el mundo de la tradición y de los explotadores se entiende por *justicia* y por *economía*, en el mundo de la razón y de la ciencia es *injusticia* y *despilfarro*.

Para que la *justicia* y la *economía* sean una verdad en los hechos y en la apreciación general de todas las inteligencias, necesitase una transformación social que destruya todos

os privilegios, y una difusión de la ciencia que desvanezca los errores de la tradición y los espejismos con que los falsos sistemas alucinan á los sectarios.

Hoy que los trabajadores constituidos en potencia social proclaman que su emancipación ha de ser su propia obra, deben penetrarse bien de la noción exacta de *justicia* y *economía*, estudiarla en el seno de sus organizaciones, prepararse á llevar á la práctica sus conclusiones y acelerar la obra revolucionaria, porque sólo de este modo pueden, en medio de la sociedad de la injusticia y del desorden, anticiparse á servir la causa de la *justicia* y de la *economía*.

ANSELMO LORENZO.

Contra la Naturaleza. (1)

Los adoradores de un dios determinado, Baal, Jehová ó Júpiter, adoran sin duda á un absurdo, pero no es menor el de los pretendidos científicos admiradores de la Naturaleza.

Esta no es una buena madre, como ellos imaginan, que lo concilia todo para el mayor bien de sus hijos; sino que es un conjunto de hechos innumerables y complejos que se reproducen asimismo en idénticas circunstancias.

Por una poderosa abstracción, el hombre ha dado el nombre de leyes á aquellas regularizaciones que sin embargo la experiencia nos presenta como fatales; ya que la mayor parte son dañinas para todos los animales, incluso el hombre, algunas, son mezcla de utilidad y nocividad, quedando sólo un pequeño número que procuran á los humanos, sin no pocos inconvenientes, algunos beneficios.

Con todo esto el hombre ha podido llegar á fuerza de trabajo á vencer á la Naturaleza, á preservarse de sus prejuicios, á hacer útiles los fenómenos en su origen perjudiciales é indiferentes y á mejorar inmensamente sus beneficios.

Los animales feroces, los venenosos, los parásitos del exterior ó del interior del cuerpo, los microbios, los temblores de tierra, las tempestades, etc., etc., que no fueron creados por una providencia cuidadosa de ser agradable al hombre, y en la que tontamente aún hay quien cree, son en absoluto perjudiciales, y nuestra lucha para suprimirlos ó evitarlos, más ó menos victoriosa contra varios de ellos, es completamente nula para muchos otros.

Los fenómenos eléctricos se han hecho conocer por el rayo, justamente aterrador, ó por la modesta marca de Tales de Mileto. La industria del hombre adoptó el rayo, y del ámbar frotado llegó al telégrafo, al teléfono, á la transmisión de la energía á largas distancias, á las corrientes en el presente apenas nacidas, pero cuyo porvenir es inmenso; todo esto debido á su genio. Y á la obra de nuestros laboriosos antepasados, á sus penas, á sus martirios es á quien debemos casi todas nuestras inmensas riquezas, y no á un pretendido creador ó á la Naturaleza, que si hubiesen tenido la infinita sabiduría que se les atribuye, habrían presentado la obra más fácil y más adelantada.

Los cereales, las legumbres, los excelentes frutos de las regiones templadas, obra son del hombre que los ha obtenido transformando por una hábil selección prolongada

(1) Proponiéndonos dar á conocer todas las ideas y procedimientos que se discuten actualmente en el extranjero, publicamos hoy este artículo. En otros números daremos á conocer las opiniones de los naturalistas, salvajistas é individualistas.—*Nota de la Redacción.*

durante millones de años á muy medianos productos naturales. Los animales útiles al hombre, igualmente mejorados por el arte humano, diferéncianse más de sus antepasados que un académico de un primitivo. Así, pues, pequeña es la deuda que tenemos con la Naturaleza; grande, muy grande con la industria humana.

Los alimentos auxiliares encontrados en la Naturaleza son raros. En los países tropicales retoñan espontáneamente excelentes frutos, pero hay algunos, como los dátiles y las nueces de coco, que son recogidos con grandes dificultades. Nuestras comarcas templadas nos ofrecen sin cesar frutos salvajes, peras ó endrinas de un horrible gusto áspero, zarzamoras y avellanas, algunos buenos hongos cuyo valor relativo nos es conocido por las innumerables víctimas que los malos han hecho y hacen todos los días. ¡He ahí todo!

En la cuestión de los vestidos, las confortables pieles las más de las veces no nos son cedidas de buen grado por aquellos á quienes la Naturaleza ha hecho poseedores. Las hojas de plátano pueden servir de malos parasoles, pero no de abrigo contra la lluvia, el viento ó la frialdad atmosférica, y precisamente se da el caso de que no abunden mucho en los países donde estos azotes imperan.

Las viviendas naturales, grutas, cavernas, árboles huecos, además de ser bastante raros, no valen lo que la más modesta choza construída por el hombre. Mobiliario natural, cero; utensilios, conchas, cáscaras, espinas, aristas; es decir, una pobreza.

Y como por irrisión, la Naturaleza que nos rehusa lo confortable, nos concede el lujo, piedras preciosas, hermosas plumas perdidas á veces por las aves, á veces robadas violentamente, violencia que es también efecto de la industria. Este lujo consuela á los de espíritu primitivo, de los que todavía hay muchos entre nosotros; pero el humano razonable prefiere ante todo el *comfort* y hace los posibles para buscarlo y crearlo.

En sus actos, el hombre está guiado principalmente por su propia utilidad: muy cruel con todas las demás criaturas, muy apático del bien de sus semejantes, obra en general como egoísta siempre que no resulte un provecho para él. Por ejemplo, los dueños de los ferrocarriles, de toda clase de carruajes llamados públicos, de los vapores, etc., se preocupan muchísimo más de enriquecerse, tomando una buena cantidad de dinero á cambio de las ventajas, lo más reducidas que pueden, que nos ofrecen, que de transportarnos agradable y cómodamente.

Y por una casualidad resultante de la lucha por la vida es como los hombres van unos contra otros y la Naturaleza vése vencida y sojuzgada. ¡Qué nuevas conquistas harán los humanos el día en que, cesando de luchar los unos con los otros, se unirán resueltamente en la lucha contra la Naturaleza! Para bien de las cosas, será esto demasiado tarde. Se ha abusado tanto de los combustibles naturales, que todo nos induce á creer que en tiempo, quizá muy próximo, faltarán casi completamente. Se necesitan centenares de años para rehacer los bosques destruídos por los guerreros. ¿Se hará nueva hulla y nuevo petróleo en centenares ó millares de siglos? ¿Podrá el hombre servirse de ellos?

Sin duda se utilizarán mejor las fuerzas naturales, resumiéndose todas en el calor solar, sea bajo su propia forma, sea bajo forma de movimientos del aire y de las aguas.

La utilización de esas fuerzas cuesta poco ó casi nada; pero la instalación de los receptores necesita una poderosa maquinaria, para la fabricación de la cual es menester una enorme cantidad de combustible. ¿Se encontrará?

*
*
*

Si se quiere considerar la Naturaleza como resultado de una previsora voluntad, de una divina providencia, su principal malhecho es la producción sin medida de seres vivientes, sensibles, cuya inmensa mayoría, ó mejor la casi totalidad, están destinados á perecer dolorosamente no encontrando qué comer ó viéndose comidos por los otros.

En nuestras comarcas se atribuye al legendario carpintero de Nazareth, reformador bien intencionado, pero muy ignorante, del que se ha hecho un dios, el famoso precepto tan poco observado, sobre todo entre sus adoradores: «Amaos los unos á los otros». Pero el verdadero precepto impuesto por la Naturaleza es: «Comeos los unos á los otros». Precepto que es muy seguido por todos los animales y vegetales. Ningún organismo puede vivir sino sacrificando y asimilándose sin cesar una parte de los demás.

Esta ley fatal existe lo mismo para el hombre que para todos los seres vivientes. Destruye una espantosa cantidad, no solamente de otros seres sensibles, sino aun de sus semejantes.

Tal destrucción es la forma más dulce y más benigna de la antropofagia, para la cual se profesa un horror que yo declaro compartir por la única razón de que me gusta muy poco la carne.

Mucho más atroz que el comer muertos, es matar al por mayor á los vivos sin ser útiles sus eadáveres, los cuales concluyen por ser para otros vivientes causa de sufrimientos y de muerte. Y más atroz es todavía hacer sufrir á los vivos sin matarlos ó haciéndolo lentamente.

Todas nuestras organizaciones sociales, desde la más salvaje á la más civilizada, no tienen otro fin.

Los embustes de los sacerdotes de toda secta, impostores ó cándidos ó á medias uno y otro, torturan á los pobres de espíritu llenándoles de terrores ultra-terrestres, y á los cuales se añaden con frecuencia los dolores terrenales, dando á ello un gusto ideal que deberá ser el infierno que imaginan.

Un hombre sensible y bueno está siempre expuesto á las incalificables violencias de las soldadescas. Los Estados mayores de todos los países y de todos los tiempos, ricas colecciones de cuatreros, bandidos y falsarios, son los sabios organizadores de los asesinatos en que viven los espadachines al servicio de los plutócratas, verdaderos soberanos del universo.

Otros fetiche, sacerdotes de la *legalidad*, han logrado hacer de esta palabra, sin significación seria, una clase de religión, teniendo aún más creyentes que las demás, gente convencida de que todas sus violencias se hacen en nombre del Derecho, otra palabra detestable, igualmente vacía de sentido, pero que en los cerebros obtusos todo lo justifica.

**

Algunos humanitarios que sueñan, quizá muy temerariamente para sus semejantes, un porvenir que tenga un poco de sentido común, quieren ante todo suprimir aquellos organismos sociales, únicamente destinados á permitir que una ínfima minoría de la raza humana añada á la inmensa mayoría indecibles torturas á los inevitables sufrimientos creados por la Naturaleza.

Si ellos no pueden en sus bellos sueños suprimir los sufrimientos de los seres sensibles, quieren al menos preservar á los hombres de todo dolor que proceda de sus semejantes, haciendo que la humilde criatura, antes que ser sacrificada al bienestar de los humanos, la muerte llegue realmente sin sufrimientos.

**

La raza humana, como toda otra, sufre la despoblación. En la hipótesis de que todas las mujeres que disfruten de la más perfecta salud gocen tan pronto la naturaleza lo indique, y sin precauciones preventivas, los goces del amor, se puede estimar con moderación que, de quince á cuarenta y cinco años, tendrían ellas por término medio dieciséis hijos como las mujeres canadienses de hace cien años. Gracias á esa hermosa fecundidad, la población se doblaría doce veces por siglo, ó sea cada ocho años 113, y cada pareja tendría al fin del siglo más de 1.000 descendientes. Este es el frío y exacto cálculo aplicado á la hipótesis indicada.

Si la práctica no presenta esas consecuencias, es que la hipótesis no es aceptable por una ó varias de las causas siguientes:

1.^a Casi ninguna mujer goza de una salud perfecta, quizá ni una por ciento.
2.^a Lejos de que todas gocen en toda su extensión la inmensa felicidad del amor, sólo hay una mínima parte, y las otras no tan sólo no lo gozan, sino que él se transforma con frecuencia en una serie de inmensas torturas.

3.^a Además de la buena porción de seres que la causa precedente no deja nacer, un gran número son suprimidos por las guerras militares é industriales, la miseria bajo todas sus formas; de manera que aun en las casas donde los natalicios realizan mejor el sueño de los Bertillon, de los Roger de Bury y Cic, esa natalidad es extremadamente débil con referencia á lo que ella podría ser, é inútil para el acrecentamiento de la población, puesto que jamás llegará á la tercera parte de lo que presenta la teoría, sin contar en que un tal crecimiento siempre ha sido de corta duración.

Por lo cual la procreación decrece: 1.^o Por degeneración orgánica.—2.^o Por restricciones violentas y dolorosas, guerra militar ó industrial.—3.^o De este elemento nuevo, solo esperanza de salud para la raza humana, la *restricción voluntaria de los nacimientos* con la ayuda de las prácticas é ingenios fisiológicos permitiendo el amor estéril.

Si la muchedumbre humana deja obrar la terrible ley natural de fecundidad, continuará sufriendo la degeneración física la destrucción dolorosa. Si se corrige y quiere vencer á la naturaleza en ese campo de batalla como tantos otros, debe generalizar el solo remedio eficaz, el que sin el cual todos los demás son tajos impotentes, el que el autor de *Elementos de ciencias sociales* llama la cópula preventiva, más claramente titulado el amor voluntariamente estéril.

La ciencia debe conceder á la mujer la libertad que las leyes positivas y, mucho más cruel aún, la tiranía de la opinión pública le han negado siempre: la *libertad de ser ó no ser madre*, siguiendo lo que ella haya de antemano resuelto después de seria reflexión.

No cesaremos de afirmar, de repetir la necesidad de esta conquista hasta que sea cumplida. La libertad del amor y de la maternidad.

Nosotros nos colocamos desde el punto de vista humanitario más elevado, y no en aquél que algunos retardados califican de patriótico, cuyo patriotismo no está compuesto del amor á sus conciudadanos que ellos envidian, oprimen y explotan, sino del odio ferocemente sentido contra todos aquellos que no han nacido en *su tierra* y que no hablan su misma jergonza.

Por otra parte, aquellos que sabrían ser dignos padres y que hoy se abstienen en re producir hijos de naturaleza sana cuya sola perspectiva sería sufrir en horrible revuelta social con un montón de degenerados malignos, osarán darse los goces de la familia, cuando confíen en que sus hijos trabajarán sobre todo como verdaderos humanos.

Es indiscutible que las clases ricas son mucho menos prolíficas que las pobres. La prudencia paternal y el mejor estado social son dos hechos conexos, que admite todo el

mundo; pero que autoriza á los metafísicos retardados á tomar el uno por causa del otro. Ellos se influncian recíprocamente sin duda, pero si quiere emplearse las palabras tan viejas de causa y efecto, la causa será la prudencia paternal, el efecto el mejor estado social.

* *

La lucha real no está hoy entre las naciones, rebafios numerosos de imbécles y de algunos dominados bajo el yugo de soberanos representantes del pasado en todo su horror, que se entretienen en batirse eptre ellos con la ayuda de brutales ejércitos, derramando la sangre de sus súbditos; no está tampoco entre los sacerdotes de las antiguas religiones y librepensadores, más ó menos verdaderamente emancipados, ni aun entre explotadores y explotados industriales; la lucha está entre vosotros y nosotros, vosotros los sostenedores del amor esclavo, prostitución, maternidad forzada, y nosotros los emancipadores del amor y de la maternidad.

¿Venceremos? Aunque debilitados por causa de tantos retrasos, tenemos todavía un vislumbre de esperanza. Si esta esperanza resulta una realidad, los demás detalles de la batalla del progreso contra el oscurantismo serán ganados con todas sus consecuencias inmediatas. Si no resulta, es la decadencia final, el hundimiento próximo definitivo.

* *

De los últimos cuatro siglos, el primero, el del Renacimiento de la Reforma religiosa parecía ofrecer las más bellas esperanzas, y apenas si dió unas vanas fórmulas. El siguiente, el gran siglo literario, ornó de bellas formas toda clase de abominaciones y de despropósitos. El penúltimo, el de la filosofía, del nacimiento del espíritu científiro, y por fin, el último que ha dado á las ciencias un tan completo ensanchamiento y su constitución real, no han ofrecido ninguna de las brillantes promesas humanitarias que debía esperarse; los resultados prácticos obtenidos hasta hoy, sólo han sido el aumento de goces para una minoría ya satisfecha y de sufrimientos para una mayoría ya aplastada.

El siglo, pues, que apenas comenzamos, es el que ha de perfeccionar la obra de los precedentes, es el que ha de hacer que todas las ciencias sirvan para el bienestar humano; que en lo sucesivo todos puedan vivir felices, en una abundancia sin límites, á cambio de algunas horas de un trabajo fácil, no penoso, sino sencillamente limitado á la vigilancia de los infatigables esclavos del hierro y del fuego; que esta pequeña deuda ligera y gozosamente pagada por todos, haga que la vida se pase entre nobles placeres que sugieren la cultura y la práctica de todas las artes, el estudio de las ciencias teóricas y aplicadas, en la completa y universal estimación, en la solidaridad integral con todo lo que ella tiene de exquisito.

¿Verán cumplirse esta obra nuestros próximos descendientes? Quizá, pero con la estricta condición de que los pensadores se penetren de las verdades tan desconocidas sobre las cuales insistimos, que ellos destruyan por todos los medios los velos que las ocultan y osen en adelante extenderlas con franqueza y entusiasmo.

PAUL ROBÍN.

EL FILÓN



De L'Asino, d.º Roma.

CRÓNICA CIENTÍFICA

«Nuevo aparato salvador: curiosos experimentos de M. Probost.—Progresos de la telegrafía sin hilos.—¿Imposibilitarán las guerras?—Bibliografía: «Los primeros principios», por Herbert Spencer: fuerza, materia y movimiento; evolución, disolución, equilibrio.»

M. Probost acaba de practicar interesantes experimentos, en el lago de Ginebra, con un aparato salvador de que es inventor, que se compone de un traje de buzo de caucho, cuyas partes inferiores son un poco más pesadas, pero ligero en su conjunto hasta permitir que sobresalga del agua más de la mitad del cuerpo. A la altura del pecho tiene grandes bolsillos que contienen una lámpara, cerillas, provisiones, una trompeta y armas para defenderse contra los peces grandes.

En su primer experimento, verificado el 13 de Julio en presencia de una multitud considerable, el inventor permaneció en el agua, sin experimentar la menor fatiga, desde las seis de la mañana hasta las once de la noche; se propone pasar en el agua todo el mes de Agosto; después irá al Havre y por último á Londres, donde repetirá sus experimentos.

* * *

Con motivo de los últimos progresos verificados con la telegrafía sin hilos, nuestro eminente colega el Dr. Foreau de Cournelles, ha publicado en una revista belga un interesantísimo estudio sobre los trabajos de Marconi, Popp, Branly, Santelly y Octavio Rochefort, del que tomamos las líneas siguientes:

«Los Sres. Popp y Santelly, cuentan con la ayuda de numerosos inventores, ingenieros y constructores á quienes el asunto apasiona y cuyos trabajos hacen las transmisiones mejores, más rápidas y posibles á mayores distancias. El último receptor de Branly que he visto estos últimos días en su laboratorio, es de una sencillez admirable; pero la bobina, agente de transmisión y de propagación de la señal, tiene también su gran importancia: su alcance. Las bobinas disimétricas del ingeniero Octavio Rochefort, han sido adoptadas en todas partes por su potencia contenida en un peso mínimo.

«Cuando, como yo lo he hecho desde el maravilloso descubrimiento de Roetgen, se ha asistido á la evolución de la bobina de Ruhonkorff, antes simple curiosidad; que en su propio laboratorio hasta se ha cambiado muchas veces ese sorprendente instrumento de producción de los rayos X y de las señales de la telegrafía sin hilos, se admira la rapidez de concepción y los progresos de los constructores, entre los cuales sobresalé Octavio Rochefort.»

Como conclusión, M. de Cournelles se pregunta si los progresos de la telegrafía sin hilos acabarán por imponer la paz universal y pronunciarse por la afirmativa:

«Cada día, dice, la ciencia descubre aparatos mortíferos más poderosos que, haciendo más terribles las guerras, han obligado á los pueblos á espaciarlas con plazos cada vez más largos; pero la telegrafía sin hilos, maravilloso descubrimiento de paz y de progreso, aportó su desconocido é incommensurable poder á la obra de la guerra: en el suelo, disimulada, oculta á todas las miradas, se halla la bomba que puede destruir un ejército; un tubo de limaduras y una corriente local se unen á su substancia explosiva; á lo lejos, en el momento oportuno, estalla desapercibida, una chispa eléctrica; la onda mortífera llega al sitio designado, y el ejército, proyectado en el espacio, queda reducido en un

instante á un montón horrible de restos humanos. ¿Quién es, ó, por mejor decir, quién será en lo sucesivo el emperador, el autócrata bastante imprudente para arriesgar la vida de su pueblo? ¿Qué sorpresas nos prepara la ciencia aplicada á la guerra? ¿No se halla aquí contenida la más segura amenaza contra las colisiones futuras? (1). Unanse á esto las comunicaciones, especialmente las eléctricas, que hacen á los pueblos conocerse, amarse, poner de relieve sus semejanzas y afinidades, y se concebirá que después del reino del temor de la guerra, ya en su apogeo, vendrá pronto el del amor universal en un mismo ideal de progreso científico, de supresión de la miseria y de anonadamiento de todas las causas humanas de odio.»

Nos asociamos á las elocuentes y generosas palabras de nuestro colega.

* * *

Los Primeros Principios, reciente edición francesa, es una obra de alto vuelo científico, digna de la fama de gran filósofo de que goza su autor Herbert Spencer.

No nos detendremos en la primera parte del libro que trata de lo Incognoscible, y constituye una serie de disertaciones metafísicas cuyo análisis no interesaría á nuestros lectores; pero la segunda, que abarca las tres cuartas partes de la obra y trata de lo Cognoscible, merece fijar la atención y debe ser leída por todo el que se interesa en las transcendentales cuestiones del origen, del desarrollo y del porvenir del mundo.

Spencer estudia primeramente las consecuencias de ciertas verdades primordiales: la indestructibilidad de la materia, la continuidad del movimiento y la persistencia de la fuerza, esta última como la verdad de donde las otras dos se originan, deduciendo de este estudio que las fuerzas que parecen perdidas se transforman en sus equivalentes de las otras fuerzas, ó, recíprocamente, que las fuerzas que se hacen manifiestas lo son por la desaparición de fuerzas equivalentes preexistentes; y halla aplicaciones notables de estas verdades en los movimientos de los cuerpos celestes, en los cambios que se producen en la superficie de la tierra y en todas las acciones orgánicas y vitales. Lo mismo sucede respecto de la ley que establece que toda cosa se mueve á lo largo de la línea de menor resistencia, ó á lo largo de la línea de mayor tracción, ó siguiendo la línea de su resultante. Por una feliz generalización, y basándose sobre la persistencia de la fuerza, el autor demuestra que debe suceder lo mismo desde los movimientos de las estrellas, hasta los de las descargas nerviosas.

A propósito de las operaciones opuestas de concentración y de difusión. Spencer nos da esta admirable fórmula: la concentración de la materia implica la disipación del movimiento y, recíprocamente, la absorción del movimiento implica la difusión de la materia. Tal es la ley del cielo entero, del cambio por que todo sér pasa; ley general que no sólo se aplica á la historia entera de cada sér, sino también á cada detalle de esta historia.

La evolución es, pues, bajo su aspecto primario, el paso de una forma menos coherente á otra más coherente á consecuencia de la disipación del movimiento y de la inte-

(1) No hay que fiar mucho en tales sentimentalismos, porque la razón de Estado, pretexto de los mayores crímenes que consigna la historia, es capaz de aprovechar, como recurso de gobierno, tales progresos mortíferos para deshacerse de golpe del gran número de hambrientos que amontonan los progresos de la mecánica industrial, corriendo á cargo de la Iglesia taparlo todo con un *Te Deum*.

En efecto; ¿qué más pueden desear los privilegiados que quedar tranquilos en goce de su sibirismo por la muerte instantánea de unos cuantos miles de pobres? Téngalo éstos entendido, y agucen el ingenio y afirmen el carácter para activar la conquista de su emancipación y el rescate del patrimonio universal. —(N. de la B.)

gración de la materia; es la operación universal por la cual las existencias sensibles, tanto individualmente como en su conjunto, pasan durante el período ascensional de su historia. Hay una agregación progresiva, tanto en la evolución del sistema solar como en el de un planeta, de una nación, de un organismo. Y Spencer termina esta parte de su obra por la fórmula de este admirable postulado sociológico: desde las formas más inferiores de la vida hasta las más elevadas, el grado de desarrollo está indicado por el grado según el cual las diversas partes constituyen un *conjunto cooperador* que se integran en un grupo de órganos que viven los unos *por* los otros, debiendo también vivir los unos *para* los otros.

El autor nos muestra en seguida, tal como se presenta en la naturaleza, el procedimiento de disolución que forma el complemento de la evolución, y que, en un momento ó en otro, deshace lo que la evolución ha hecho. Llevando el principio hasta sus últimos límites, encuentra razones para creer que hasta las grandes agrupaciones de estrellas serán finalmente disipadas al cabo de un tiempo que excede del poder de nuestra imaginación, sin olvidar que si la disolución sigue á la evolución, ésta á su vez comienza de nuevo después de la disolución. El autor declara que deja sin respuesta la cuestión de saber si hay una alternancia de la evolución y de la disolución en la totalidad de las cosas.

* * *

¿Hay un límite en las operaciones que han obrado en todas las especies de evolución: formación de los cuerpos celestes, configuración de la corteza terrestre, modificaciones orgánicas, establecimiento de las distinciones mentales y génesis de las divisiones sociales? Spencer responde que estas operaciones deben de terminar por el equilibrio.

Ese principio general del equilibrio lo encuentra Spencer á través de todas las formas de evolución: astronómica, geológica, biológica, mental y social. Y su conclusión final, á la que me apresuro á dar mi conformidad, (1) es que: *la penúltima etapa del equilibrio en el mundo orgánico, donde se encuentran establecidos la más extrema variedad de las formas al mismo tiempo que el equilibrio móvil más complejo, debe de contener el estado más elevado á que la humanidad pueda llegar.*

TARRIDA DEL MÁRMOL.

LAS EXEQUIAS DEL ESCOMBRO

Se trata de una desgracia nacional, casi de familia. El campanario de San Marcos ha reventado como arpa vieja, y los papeles públicos lamentan, como es de rigor, aquella inutilidad que venían profanando el turismo romántico y la necedad itineraria de los babiecas. Todo se vuelve lamentos y alaridos, como si una persona de distinción elevadísima, un Jules Lemaitre, por ejemplo, abandonando su oficio de ruina pública, hubiese plegado su mandil con aletas en las profundidades de la tumba. «Escritores» que en su mayor parte habitan en los barrios pobres, no quieren consolarse de tan tremenda pérdida. Los sueltos que le dedican están cubiertos de ceniza, y su espíritu ni por un mo-

(1) Y yo también, y con juvenil entusiasmo, porque me parece que confirma, por la coincidencia con una inteligencia de primer orden, el ideal á que consagré toda mi vida, expresado en varios trabajos de esta publicación, entre otros «La Vía del Progreso», «Mi Patria» y «Lo Absoluto». — A. L.

mento abandona el saco de la penitencia. *Vox audita est in Rama*. El Sr. Durand-Marengo ó Marinbaud, que se hace llamar des Houx (acebo erizo ó cardo borriquero), toma de los nabes de Israel algunos tropos desolados y se esfuerza en fabricar grandilocuencia. Hasta vaticina, como en el primer cántico de las *Geórgicas*, donde se dice que los rebafios, cuando César murió:

«Y para colmo de horror, los animales hablaron!»

En cuanto al Sr. Arsenio Alexandre, hombre de costumbres pacíficas y de estilo llorón, rebosa lirismo. La «catástrofe» despierta en su fuero interno un alma de Calígula, frenética y sanguinaria: daría los negros de Marchand y los de Gallieni, los mongoleses atracados por «Monseñor» Favier, y todos los mal blanqueados de la Martinica de añadidura, por el montón de cascote que acaba de obstruir la vía pública. Porque la cosa es clara: la mayor parte de los males que mortifican y degradan á la humanidad, la peste negra y el tifus púrpura, la tuberculosis y el catolicismo, el alcohol y los ejércitos permanentes, la superstición, la enfermedad, la explotación de todos por una pandilla minúscula de privilegiados, sin contar la fealdad, la vejez y la tontería, son cosas de poco más ó menos ante la pena causada por la desaparición de aquella linterna que «se va á la m...» ¡Ah! Los estetas de la Agencia Cook, los prerrafaelistas con billetes circulares, los arqueólogos de tren botijo, los místicos cuyo billete de ida y vuelta fomenta los éxtasis, ¡qué hombres! ¡qué pensadores! ¡Con cuánto salero desprecian la piedad común! ¡La cuestión es no morir sin haber visto Nápoles, sin haber comido longaniza bajo los laureles del Generalife ó en los patios de la Alhambra, sin haber *oido* (!!!), como Barrés, cómo penetraba una cornada taurina en las tripas de un caballo en la plaza de Sevilla, sin sentirse transformado en Romeo ante el sepulcro de Verona! Hay que reconocerlo; desde la publicación del *Itinerario de París á Jerusalem*, las narraciones de viaje ocupan un lugar preferente en la lectura burguesa. No puede censurarse en justicia á los señores que, sin otra cosa en el vientre, se dedican á reconstruir la peregrinación de Harold y á descubrir los *Ufizzi*. Su provincialismo no ha eliminado aún los dramas, las óperas ni los «cuentos de España y de Italia», de que tan apasionada se mostró la generación de 1830; ese arte infinitamente más «palurdo» que el clasicismo, á cuyos funerales asistían con algazara de jauría azuzada. Mosaicos de San Marcos, frescos de Boticelli, pinturas del Ticiano,

... Cimabue, Giotto.

Y los pintores pisanos del viejo *Campo Santo*, lo que el charlatanismo de los cicerones de fonda barata y de los críticos ha plantado como un dogma en la admiración borreguera de las multitudes, todo ese espejismo fascina aún la nada intelectual de los individuos á quienes tortura la gana de cambiar de pesebre. Admirémoslos: guardan el recuerdo amorfo de la *Reina de Chipre* y del Consejo de los Diez, de la Tisbe y de Moncenigo, de Marino Faliero, decapitado sobre la escalera de los Gigantes «por haber amado mucho al pueblo», y del canal donde desaparecían las víctimas de la sombría Señoría. Á la vista de un verdadero artista, de un pintor de la frase, como Aquiles Essebac, cuya *Parteuza* canta de un modo magnífico el poema de Italia, enarbolando con justo orgullo este segundo título: *Hacia la Belleza*, ¡cuántas ratas de librería y cucarachas periodísticas pasean su incompetencia vanidosa sobre esas reliquias del arte y del pasado poniendo la historia al alcance de las mesas redondas! La simpatía ardiente y el amor, que son los únicos que confieren la inteligencia de las épocas abolidas, no están al alcance del primer Grimaud. Es preciso comprender, es preciso amar, sobre todo, para experimentar, ante las imágenes de los siglos desaparecidos, algo que no sea un entusiasmo escolar ó pasmos y deliquios de encargo para uso de guía Baedeker.

Los monumentos de Venecia, de Roma, de Florencia y de París se convierten en polvo: ¿qué espíritu ilustrado, qué inteligencia libre perderá por ello el sueño? La fealdad epiléptica de las «locas catedrales», esos templos que, Renán lo asegura, no son sólidos y no prolongan su difusión sino á fuerza de muletas, emplastos y ligaduras, se desmigaja; se aniquila la fealdad de las catedrales, de los campanarios, de los palacios municipales, de toda la lèpra arquitectónica que fué testigo de la existencia abyecta que sufrieron los pueblos á través de los siglos tenebrosos de la Violencia y de la Fe. La Iglesia reposa sobre la cripta, como la enseñanza del cura sobre las tinieblas y el absurdo. Las flechas, las torres y los pináculos suben en la ambición inepta de alcanzar el cielo, sin tener en cuenta ni las necesidades de todos ni la medida humana. Aquí el arquitecto empareja con el teólogo. La imbecilidad de ambos procede del mismo objeto. Uno en piedra, otro en latín de cocina, cimentan el grotesco silogismo, por el cual la razón se asfixia como una Desdémona bajo su cabezal. El sorbonista y el albañil divagan paralelamente: se proponen lo sublime y dan de cabeza en el cenagal.

El pueril entusiasmo de los chapuceros por las construcciones medioevales pretende rejuvenecer el esplendor de esos monstruos de piedra que el Tiempo, juez supremo de las obras del hombre, aniquila con empeño. Lo que libra de su acción destructora resulta ser un arco romano ó un templo griego, calculados por los artistas y los sabios; pero esas otras moradas de la demencia y de la tiranía, se les lleva su soplo «como la tienda de un solo día», como dice un poeta de Israel.

Y aún, si desapareciesen el templo de la Victoria, el Partenón y la columna de Trajano, no habría por qué desconsolarse demasiado, ya que, de cuatro siglos á esta parte, las naciones de Europa han derrochado mucho tiempo hipnotizándose ante los escombros más ó menos augustos de tiempos pasados. A costumbres, á aspiraciones nuevas corresponde un arte nuevo. Esas patentes verdades son ya justamente comprendidas por los teóricos y por los ejecutantes. Sola, caduca y furibunda, la Escuela de las Bellas Artes se cubre de ridículo, rechazando proyectos como el de Tony Garnier, que prometen infundir un poco de sangre viril y joven á la antigua enseñanza. Las capitales futuras, enormes y plebeyas, en que el aire, pasto de la vida, circula libremente á raudales con sus lámparas radiantes, sus puentes aéreos, sus coches eléctricos, nada tienen que ver con la casa de Diómedes y las Termas de Caracalla. En su bella utopía de la *Ciudad Futura*, Ernesto Terbouriech, sin recurrir á las concepciones fabulosas de Tomás Moro, Campanella, Cabet, Bellamy, ó Spencer, ha expuesto con los más minuciosos detalles el funcionamiento de la metrópoli colectivista. Ese incomparable municipio de parques, aguas corrientes, amplias y saludables habitaciones cuyas paredes ligeras y sólidas, paredes de cristal, no ocultan ninguna de aquellas suciedades vergonzosas que al presente deshonan los más nobles edificios, nadie tendrá necesidad de apropiarse formas arcaicas. La Revolución económica, enalteciendo la Justicia y la Bondad, anonadará los antiguos monumentos elevados á la gloria de la opresión y de las guerras sangrientas. Un arte más lógico y más libre deleitará los ojos. Si Atenas elevó en otro tiempo una morada inmortal á su Razón divinizada, ¿por qué esta Pallas futura, cuyo advenimiento han presagiado nuestro anhelo y nuestro Amor, no tendrá á su vez una Acrópolis digna de su gloria y de la paz concedida al fin al Universo? Que el banquero Morosini, que los snobs y los artífices dedicados á dilapidar la riqueza defraudada á los desgraciados coronen la cúpula de Colonia y restablezcan los campaniles de Venecia, ¿y qué? Día vendrá en que los pueblos renovados, en lugar de las sombras seculares, de la Basílica tenebrosa y del *palazzo* sangriento, elevarán moradas de dulzura, de donde el odio será des-

terrado para siempre; moradas pacíficas donde los mismos descendientes de los explotadores encontrarán acogida de perdón y de fraternidad.

Eso podrá consolarnos del vacío que no dejará de hacer Mr. Hanotaux en las letras francesas y de no leer los comentarios agrigentinos de semejante académico. Ni siquiera se echarán de menos los lamentos, sollozos, trenos y jeremiadas de esos periodistas que, semejantes á las lloronas de la antigüedad, entonan el *gori gori* ante ese montón de escombros que un tiempo fué el *campanile* de San Marcos.

LAURENT TAILHADE.

(De *La Raison*, traducido por Anselmo Lorenzo).

Crónicas de Arte y de Sociología.

DESDE PARIS

Introducción á una historia universal, desde el punto de vista de la evolución social.—La estética alemana y la apariencia de lo bello.—Psicología de la educación y nuevo plan de estudios en Francia.

Para Theodor Lindner, que acaba de dar á luz una *Geschichts Philosophie*, historia de la filosofía, la evolución humana obedece á principios sencillos, que tanto pueden aplicarse á unos países como á otros y que se refieren indistintamente á todos los tiempos. Opina Lindner que, una vez conocidos esos *noumenos*, se puede resolver el problema esencial de la historia, que consiste en la producción, por causas idénticas, de acontecimientos siempre distintos.

Muchos puntos de contacto ofrece la concepción de Lindner con la doctrina de la evolución, y tácitamente se remite á Darwin cuando explica el 'proceso evolutivo de' la historia. Esta, que comprende el estudio de los acaecimientos, tiene por condiciones intrínsecas la inercia, y el cambio. La inercia, que es útil y á la vez peligrosa, haciendo que sobreviva el hombre primitivo, establece siempre la continuidad de la historia, representándose en la colectividad que permanece: la herencia psicológica y la herencia fisiológica forman también, por decirlo así, su *substratum*.

A este principio de continuidad se opone el de variabilidad, que se representa en los individuos cambiantes, en razón de su lucha por la existencia, su esfuerzo contra el medio y su emancipación de la colectividad. Y de la acción recíproca de la inercia y del cambio surgen las ideas. Como toda evolución reside en las necesidades físicas é intelectuales, individuales y sociales del hombre, se convierten ellas en fenómenos psíquicos y éstos se transforman en ideas, las cuales el autor define como pensamientos que tienden á la realización de un fin determinado.

Solo un individuo concibe una idea, por lo general, pero á veces son varios, aunque separadamente, y esa idea no actúa hasta que se divulga y se sustenta por la pluralidad, formándose de modo distinto, según la época y el lugar.

A medida que una idea contribuye á la satisfacción de la necesidad que la engendró, muere y, por excepción, sólo sobrevive en otra forma, con las ideas nuevas á que da origen.

Ninguna idea es inútil; pues aun cuando muera antes de alcanzar su fin, no ha dejado de placer y de inspirar durante algún tiempo á los hombres. Hasta el error es bueno, porque contribuye á preparar la verdad.

Estas son algunas de las apreciaciones que hay en el notable libro de Lindner. La lectura de su obra es sumamente instructiva. La principal cualidad del autor es su análisis penetrante de lo real, en toda su complejidad. Además, revela ausencia de prejuicios y una aptitud notable por ver lo general en lo particular, analizando los conceptos abstractos en su comparación con la realidad concreta.

*
*
*

En estos meses de verano se ocupa la alta intelectualidad francesa sólo de obras alemanas, cuyos autores demuestran una facundia inagotable y por demás prolífica.

Karl Groos acaba de publicar «Der aesthetische Genuss», el goce estético. Salta á la vista la imperfección de la estética contemporánea, y nadie mejor que el autor alemán se da cuenta de ello. Para el progreso de una ciencia que no ha sido más que la eterna aplicación dogmática de datos personales, y por algo constituye la identificación del yo con la naturaleza humana, precisa la cooperación de muchos obreros de categorías diversas y aun hostiles, tales como los psicólogos, los fisiólogos, antropólogos, historiadores y aficionados.

La estética, según la obra de Groos, no consiste en el estudio de lo bello y lo feo, sino que envuelve la observación crítica del placer y del disgusto que se producen en el campo del arte; pudiendo ser éste, y siendo, de todo género y de toda cualidad.

El fenómeno estético, definido de ese modo, constituye una subdivisión del fenómeno del *juego* (véase la obra del mismo autor: «Der Spiele der Menschen», el juego humano.) Establecido esto así, debe buscarse su razón de existencia teleológica (es decir, referente á las causas finales), en la utilidad de las fuerzas almacenadas ó en el ejercicio de instintos necesarios para la conservación y progresión de la especie. Por motivo idéntico, su explicación psicológica tendrá que fundamentarse, no sólo en el placer de los estados físicos y morales que implica, ya presentes, ya remembrados, sino también, y muy especialmente, en el placer de sentirse libre de todo fin, en el placer «del sentimiento de libertad», como tal.

Identificada de ese modo con todas las actividades del *juego*, la actividad estética, sea cual fuere su género, se diferencia por el hecho de ser «un juego de la imitación interna» (*spiel der inneren Nachahmung*). Es decir, que depende de los fenómenos motores, ya simplemente remembrados, ya actualmente presentes, ya conscientes ó inconscientes.

Algo obscuro es, en medio de sus matices, el pensamiento de Groos, manifestándose de modo brusco y desigual. Entendemos que el *poder estético* es más vasto que el *placer estético*. Groos limita el estudio de lo bello y lo feo en beneficio del estudio más amplio y complejo del arte en su totalidad y en todas sus categorías, ya como contemplación, ya como actividad.

La Estética no ha de ocuparse de lo hermoso, relegando lo feo, sino que debe de abarcar la armonía de ambos, pues á veces las cosas feas procuran placer en una obra de arte.

El fenómeno estético se produce cuando la sola apariencia de las cosas ocupa largamente el punto culminante de la conciencia.

En este orden de ideas se desarrolla el tratado del *Goce estético* escrito por Karl Groos.

*
*
*

Dejando aparte la revolución pedagógica que se ha operado aquí en los treinta últimos años *laicitándose* la enseñanza, ésta ha seguido un método que ha llevado la cultura ge-

neral al dominio público. Se discute aún si, en cuanto á alteza de saber, sigue Alemania predominando en razón del carácter universal de sus estudios; pero la *generalidad* de los alemanes, á pesar de sus conocimientos lingüísticos y geográficos, no pueden ya parangonarse con la mayoría de los franceses, en cuanto á ilustración. Nunca llegó Alemania al esplendor comercial de estos tiempos; por modo que sus hijos sobresalen ahora extraordinariamente en cultura y aptitud mercantiles.

Este fabuloso progreso comercial de Alemania es lo que precisamente acaba de matar su arte y su pensamiento, como la Inquisición lo matara para siempre en España. (Véase lo que dije, hablando de un libro de Langlois, hace algunos meses.)

Á los que tienen *conciencia* del esplendor intelectual de los países de Europa, mueve á tristeza todo lo que en el siglo XIX se ha producido, como inteligencia, en esa pobre nación.

Pocos advierten que el asombroso florecimiento intelectual de Alemania que se operó á principios del pasado siglo, se debe en gran parte á la influencia de los franceses. Goethe, el olímpico, que tan bien y con tanta comprensión hablara de Voltaire, así lo reconoció.

Se ha dictado ahora una circular sobre la implantación en Francia de un nuevo plan de estudios. No diré que llene éste los ideales de LA REVISTA BLANCA. Sin abandonar la cultura clásica, se ha abierto más ancho campo á los conocimientos científicos, basándose en un método positivo. Muchas páginas abarcaría la exégesis de la reforma que se introduce en la enseñanza francesa; mas he de consignar que, á mi juicio, capacitará á los individuos de esta nación para vivir mejor, gracias á una educación puesta cada día más de acuerdo con las necesidades modernas. Y es incontestable que la enseñanza laica ha hecho, desde 1870, que el pueblo francés sea el que viva mejor del mundo, por haber aprendido bastante para ello.

Con gran libertad y competencia indiscutible, Le Bon examina en su *Psychologie de l'éducation* la enseñanza universitaria, poniendo de manifiesto sus méritos y á la vez muestra los inconvenientes de la enseñanza congregacionista de modo transcendente, aunque su criterio no sea tan amplio como lo quisiéramos nosotros. Discute también las reformas á que hago anteriormente referencia, y después de hacer la psicología de la educación, da su opinión acerca de múltiples cuestiones relativas á programas universitarios y á métodos de enseñanza.

J. PÉREZ JORBA.

París, 6 Agosto 1902.

La Gran Madre Tierra.

Bello, hermosísimo, grande, inmensamente grande y elevado es todo cuanto se relaciona con el misterio augusto de la vida universal.

La vida es el suspiro amoroso de la Naturaleza, madre pródiga y carifiosísima de todo lo existente.

Espíritu fecundo, fuente y motor de toda animidad y movimiento, la Naturaleza ha tomado por cuerpo robusto y florido el vasto vientre de nuestra *Gran Madre Tierra*, para animar y reanimarlo todo con sus eróticos sacudimientos de vida y flameantes ósculos de amor intenso, viripotente y saludable, llevando á todas partes las palpitations anímicas de su asombrosa potencia creadora, de su poderoso hálito germinador.

Así, no es de extrañar, ciertamente, que los pueblos cultos de la antigüedad, aquellos pueblos robustos y viriles no contaminados de las obsesionantes quimeras del fantástico idealismo espiritualista, religioso y ultranatural trastornador del cerebro humano; no es de extrañar, repetimos, que las generaciones antiguas, y muy particularmente los griegos, pueblo viril por excelencia, rindieran culto de admiración y adoración á las *cosas animadas y naturales*, y aun puede y debe considerarse ésto como signo indisputable y glorioso de la sana y noble cultura y elevación de tiernos sentimientos de aquellos pueblos bizarros é inteligentes, industriosos y activos, robustos de cuerpo y de cerebralidad esclarecida, cuya sencilla y racional civilización magnífica, alumbraba todavía el mundo con vivísimos fulgores, á pesar de los largos siglos transcurridos desde que tuvo lugar la aciaga tragedia histórica en que se apagó, tal vez para siempre, en los tétricos relampagueos de su tremendo ocaso final.

Más lógicos y puramente sentimentales los antiguos helenos y romanos que lo fueron después los hijos de las nuevas civilizaciones, por quienes fueron sucedidos en la dominación del mundo, sintiéronse honda y profundamente conmovidos por las fecundas grandezas y portentos incomparables desplegados por la vida natural al desarrollarse exuberante, lozana y florida en la inmensidad asombrosa de sus variaciones infinitas, de sus prodigios innumerables y de sus robustas armonías, y decidieron rendir *culto de alegría, culto de amor regocijante y bello, á las cosas y maravillas naturales*, poéticamente, simbolizalizadas en soberbias representaciones míticas y en gloriosas imágenes risueñas-creadas por el arte y divinizadas por el genio.

Y en sus opulentos y bulliciosos festejos, en sus fiestas risueñas y solemnes, honraban, *honrándose á sí mismos*, alborozados y contentos, á la suprema *Diosa Fecundidad*, á la amante *Berecinthia*, á la excelsa *Opis*, á la *Besta fosforecente y pura*, en una palabra, á la *Gran Madre Tierra*.

Los cultos paganos, los hijos viriles de la Grecia inmortal, patria brillante y magnífica de Homero, Fidias, Hipócrates, Arquímedes, Sócrates, Solón y Licurgo, y de tantos y tantos otros genios portentosos que ilustraron con sus talentos, heroísmos y virtudes la historia de la humanidad, cuando celebraban sus *alegres olimpiadas pagánicas*, sentíanse embriagados en tiernos júbilos naturalistas, honrando, en soberbias ceremonias idolátricas presididas por el Arte y por el Genio, la asombradora fecundidad de la vida, representada majestuosamente por la maravillosa *cornucopia de Amalthea*, símbolo sublime de la abundancia fecunda.

*
*
*

El culto que los pueblos paganos prestaban antiguamente á la *Gran Madre Tierra*, era, realmente, soberbio, resultando de una magnificencia deslumbrante y solemne.

Comenzaba el singular espectáculo idolátrico por la representación simbólica de los vergeles, flores y frutos que suponen algo así tan tiernamente conmovedor y gratamente bello como los dulces arrullos, suspiros y sonrisas con que de continuo nos obsequia halagadora, alegre y benigna la espléndida Naturaleza; y entre multitud de hermosísimas ninfas, airosa y ricamente vestidas con caprichosos y elegantes trajes blancos, verdes ó rosados, adornadas de preciosas guirnaldas y llevando cornucopias de flores y frutas en las manos, destacándose, con risueña y saludable gentileza magnífica, las deliciosas deidades de Flora, Pomóna, Céres y el florido Vertunno, rodeadas de hermosos geniecillos inquietos y locuaces.

*
*
*

Nada tan dulcemente conmovedor, poético y grandioso como este alegre culto pagánico dedicado en honor y para honrar á la *Gran Madre Tierra*.

Podrán afirmar los tristes espiritualistas religiosos, cerebralmente castrados, que tales fiestas carecían en absoluto de la suprema grandeza *inmaculada, de la grandeza espiritual divina*, y que, por tanto, á pesar de su fastuosa y fascinadora magnificencia exterior, en el fondo resultaban *groseras y sensuales, dada su esencialidad exclusivamente materialista*. Pero dígase lo que se quiera en contrario, lo cierto es que la alegre solemnidad risueña entrañada en casi la totalidad de los cultos y ceremonias en que á la sazón se manifestará el paganismo idolátrico, tendía siempre, ó casi siempre, á identificar al hombre con la Naturaleza, y que, cultos impregnados de tan dulce placidez magnífica como lo estaba el que los griegos tributaron á la *Gran Madre Tierra*, son más propios y eficaces para civilizar, vigorizar y regenerar á los pueblos, que todo ese fárrago inmenso de terroríficas melancolías y tremendos misterios irresolubles que suelen constituir, por regla general é invariable, la *esencia sin esencia* de todos los espiritualismos teológicos.

* * *

La alegría placentera, la franca alegría natural, con sus mágicas dulzuras, con sus fruiciones delineadas y encantos frescos y lozanos, vigoriza y da nobles alientos á los seres humanos, y ella únicamente será capaz de producir en su día la humanización de las sociedades.

La Naturaleza es alegre, es bellísima, es sonriente, es grande hasta cuando mata. En la inmensa *gama* de sus variadísimas y múltiples manifestaciones infinitas, todas las notas son robustas, sonoras, vibrantes, alegremente armoniosas, en fin.

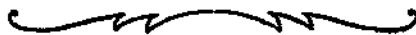
Por eso, la alegría, la embelesante y casta alegría, es cosa exquisita y esencialmente natural, sensación bienhechora que convida y dispone el ánimo á la práctica del bien, y vigoriza el cuerpo y fortalece el alma, avivando en los seres todos el sublime sentimiento de lo justo, de lo moral y de lo bello.

* * *

Festejar en solemnidades brillantes á la *Gran Madre Tierra*, cantar himnos sublimes á la vida florida, al nacer risueño, á la luz vivificadora; he ahí la hermosa religión solemne digna del porvenir libertado.

Arrojemos, pues, del mundo las religiones espeluznantes de la muerte, tristes y antiestéticas como la obscura idea del abismo disolventador, y procuremos á toda costa, con viril perseverancia, devolver á los humanos su antigua varonil alegría y natural contento, arrojándonos, cual nuevos ídólatras del moderno naturalismo científico, en la contemplación augusta de cuantas maravillas encantadoras, alegres y solemnísimas encierra en su inmenso seno, perfumado y florido, nuestra *Gran Madre Tierra*.

DONATO LUBEN.





LA CACERIA

EL MESÓN DE LA PALOMA

—¿Por qué nos miran tanto?—dijo Marcos á Justo al traspasar las puertas de la Geronta.

—No te ofenda lo que voy á contestarte, viejo maestro; admiran tu hopalanda. Desgraciada de ella, si tú no quieres llamar la atención, pues, te la quitarás al momento; muy feliz, al contrario, si quieres ser conocido y esparcir tus doctrinas, porque aquí, para que se escuche á uno, es necesario que lleve su hopalanda.

—Esto sucede en todas partes, amigo mío, y ya Alcibiades cortaba el rabo de su perro para llamar la atención de los atenienses. En cuarto á mí poco me importa, y si conservo mi hopalanda es porque me preserva del frío.

—Por mi parte muy bien vas con ella—replicó Justo. Y como son muchas las ganas que tengo de oírte, vámonos á la hospitalaria casa que se ve allá abajo.

La casa que Justo señalaba era de modesta apariencia; aislada en una pequeña plaza, formaba el ángulo de una manzana encuadrada por dos anchas calles. A cada momento se veía bajo su amplia bóveda entrar y salir carretas de campesinos. Encima de la puerta había una bandera que tenía pintada una paloma sobre una esfera dorada.

—Es el mesón de la Paloma—dijo Justo; dispénsame si muestro tanta alegría á su sola presencia, pero imagino que por fin voy á sentarme en una mesa y comer provisiones calientes, de buena fragancia, servidas en grandes platos y cuya sola vista satisface los sentidos de aquellos que como yo guardan dieta por necesidad.

—Comprendo tu alegría, Justo; en circunstancias semejantes en otro tiempo la habría compartido contigo, y hoy no es la edad la que me hace ser indiferente á esas satisfacciones. No quiero, pues, retardar tu placer; entre tanto, ya que al parecer te son familiares estos sitios, ¿podrías explicarme la imagen alegórica que se ve á la entrada de este mesón?

Justo iba á responder, pero sin darle tiempo para ello, un individuo se acercó al filósofo, le saludó cortesmente y dijo:

—Dispense usted, caballero, si me meto en su conversación de una manera que podrá parecerle inconveniente, pero nadie mejor que yo puede descifrarle el sentido de esa grosera pintura. Hace algunos meses que he penetrado el arcano que encierra y me place vagar por estos lugares é ilustrar á los extranjeros, porque ¡cómo ha de ser! mis conciudadanos no se toman interés en asuntos de esta clase. Esa paloma, caballero, es el espíritu que, á pesar de todo, domina el mundo, lo gobierna y lo guía. ¡Qué admirable genio inspiró al artista sencillo é inhábil que pintó ese grosero emblema! Ignoraba sin duda la anatomía de la propia paloma; pero quiso dar una lección á alguien, y á las mismas puertas de esta ciudad consagrada á la materia, ha levantado la protesta del espíritu.

Marcos escuchaba y contemplaba al locuaz. Era un adolescente imberbe y flaco, con semblante descolorido, ojos apagados, cabellos abundantes y ligeramente oleosos. Vestía un redigonte casi tan largo como la hopalanda admirada por los transeuntes, y hacía remolinetes con un bastón cuyo puño era una amatista. Justo miraba al recién llegado con ironía, y concluida la arenga se golpeó fuertemente el muslo, levantando su pierna, que era la manera de manifestar su satisfacción, y se puso á reír.

—¿Por qué te ríes?—dijo Marcos.

—Río de la ingeniosidad de este joven y de la sagaz manera cómo interpreta las imágenes. ¡He ahí un hábil simbolista! ¿Quiéres ahora que yo te explique las causas que condujeron al digno fundador de esta casa respetable a adoptar esa bandera?

—Dí—respondió Marcos.

—Antiguamente, en el sitio mismo donde se levanta este mesón, estaban colocadas las tarimas del más famoso titiritero de Geronta. Conocía todos los juegos de manos, los más bellos y los más complicados del mundo. Era un sutil educador de animales, sabía adiestrar los perros y los monos; mas el que mejor sabía hechizar á los papanatas era una paloma perfectamente enseñada. Jamás se ha visto cosa semejante. Ese volátil podía levantar los pesos, sabía encender la mecha de los pequeños cañones de metal; pero el más brillante de sus ejercicios consistía en hacer mover sobre un plano inclinado una esfera de cartón dorado que rodaba bajo sus patas. Este sencillo dibujo es el recuerdo consagrado á aquella paloma.

—¿Qué dice usted á esto, joven?—preguntó Marcos al mistigogo.

Este sonrió con desprecio, y no queriendo permanecer más tiempo en tan necia compañía, se alejó sin dignarse contestar.

—Ves, Justo,—dijo el filósofo—¡cuán difícil es hacer comprender á los hombres la voz de la razón! Ese encuentro al umbral de la ciudad es significativo; lo tomaré como un presagio de lo que me espera aquí, y de la acogida que recibirá mi neo-peripatetismo.

—Yo te ayudaré á sobrellevar esto, viejo maestro, pero créeme, no permanezcamos más tiempo inmóviles delante de esa puerta como unos papamoscas. Me parece que hablaré mejor cuando haya bebido.

Marcos consintió con el ademán y siguió á su compañero, que le condujo al ruidoso comedor de la hostería. Allí, una vieja criada que reconoció á Justo á pesar de los muchos años de ausencia, le recibió con demostraciones cariñosas é invitó á los dos viajeros á que se sentasen disponiéndose á servirlos. El placer de comer hizo centellear los ojos de Justo, porque nadie fué más aficionado que él á los goces del estómago, y sin embargo nadie pasa más abstinencia. En cuanto á su amigo, como sigue los preceptos pitagóricos, pidió una modesta ración de habas ó judías. Marcos se alimentaba de legumbres y de leche, bebía agua, y si su zurrón de viaje contenía algún licor alcohólico, era sólo un cordial destinado á los que podía encontrar enfermos por el camino. Así, era insensible á las seducciones del mesón de la Paloma. El olor de las salsas y de los asados hacía plegar las ventanas de sus narices, mientras que las de Justo anchamente se abrían como si desearan absorber lo que su boca no podía gustar. Cuando le pareció á Marcos que satisfecho el apetito de Justo le dejaba el espíritu más libre, reanudó la conversación.

—¿No te parece, Justo, que hemos sido muy severos con aquel joven desconocido?

—¿Acaso le hemos dirigido palabras ofensivas?

—No, pero tú has hecho cosa peor: has ridiculizado su filosofía.

—Ah! ¿A aquello llamas tú filosofía?

—Seguramente; ¿no es una interpretación de las cosas? Ese efebo comentaba las imágenes para nosotros, como pudo, partiendo del mismo punto, darnos una explicación del mundo. Su método es desde luego excelente y está fuera de toda censura, porque no descansa más que sobre su fantasía; ésta será deplorable, estoy conforme, para guiarnos en la coordinación de las leyes físicas, pero su principio puede servir para basar una poética.

—La poética del simbolismo.

—Esto es. En otro tiempo conocí á un poeta, muy olvidado en el presente y que sin embargo era un espíritu sagaz y profundo. Pretendía que la leyenda había sido el marco en el cual la humanidad había puesto sus esperanzas, sus deseos, sus sueños, sus dolores, sus decepciones. Según él, en el curso de las edades, bajo la influencia de algunas castas privilegiadas que tuvieron interés en adulterar la significación, los mitos vinieron á ser insignificantes juguetes, cuentos de sencillas mujeres y de nodrizas á los cuales las personas serias no prestaban atención, y nosotros somos incapaces hoy de encontrar bajo los velos con que fueron encubiertas, las verdades incrustadas en los símbolos de nuestros abuelos.

—¿También tu poeta pretendía ser el verídico intérprete de esas fábulas?

—Naturalmente; y hasta tenía la costumbre de decir, como el Ateneista de Esquilo: «Sólo yo conozco las llaves de las cámaras divinas.»

—¿No te parece que era ésta una singular locura?

—A lo más un error, error doble, puesto que era error histórico y error metafísico. Tenía de otorgar injustamente á su explicación un valor absoluto y de sacar los dogmas de sus interpretaciones. Se equivocaba también atribuyendo á nuestros antepasados concepciones tan profundas; dotándoles de su propia intelectualidad, obraba como nuestro joven, que ve en el pobre pintor de la bandera no sé qué alta iniciativa. Nuestros padres, como los salvajes, creían en mitos informes para explicar los fenómenos, porque ellos poseían aquella virtud sin la cual la humanidad permanecería todavía en las tinieblas y en el lodo: la curiosidad. Los mitos sólo pueden aportarnos un testimonio de cómo pensaba la humanidad, pues ellos reflejan el espíritu de aquellos que los han conocido. Con el tiempo muchos van desapareciendo, y si es vano el método de los neoplatónicos, que consiste en dar un sentido simbólico, el poeta puede sin embargo servirse de esas fábulas, encarnar en ellas pensamientos nuevos y hacer de la leyenda el vehículo que traiga á los espíritus las ideas de mañana.

Un gran tumulto interrumpió de repente al filósofo. En medio de un grupo de comensales, dos hombres gesticulando se injuriaban; uno de ellos, óbeso y robusto, con cara apoplética y desfigurada por la cólera, llevaba una blusa de chalán sobre un corto rédingote; el otro, bajito y flaco, de cara amarilla, apergaminada, con una barba rizosa sucia y encanecida, vestía un traje de fustán pálido y cubría su cabeza un sombrero de fieltro blanco, gastado y con manchas. Chillaba más bien que gritaba, mientras que su adversario, rendido, afónico por la ira, era impotente para contestar á las injurias que le molestaban. Los espectadores miraban aquella escena con complacencia, y su satisfacción pareció acrecentarse cuando el hombre bajito cogió á su enemigo por la garganta, dando por primer resultado se volviera de violeta el color purpurado de su tez. Como el obeso chalán paralizado de rabia no se defendía contra su agresor, Marcos, indignado: se precipitó en medio del círculo formado por los asistentes, y con un grande esfuerzo separó violentamente los dos combatientes, que se vieron rodeados al instante por sus amigos respectivos. En cuanto á Justo, había contemplado el espectáculo con la más completa indiferencia, y al felicitar al filósofo por su filantrópica intervención, lo hizo con un tono algo picaresco.

—¿Por qué te chanceas?—dijo aquél.

—El cielo me guarde de chancearme—contestó Justo;—yo admiro, por el contrario, tu valentía, pero creo que la habrías podido emplear mejor. Por mi parte, me hubiera sido más agradable ver ahogado á aquel á quien tú has socorrido.

—Explicame de dónde viene ese humor tan bárbaro.

—Con mucho gusto. Ese mesón admirable, si seduce á los gastrónomos que se ocupan poco del lujo y las apariencias, es también el lugar de cita de los usureros de Geronta y sus contornos. Aquí es donde los campesinos vienen á pedir prestado sobre su cosecha, á empeñar su vaca ó su arado, á comer el trigo en hierba y la uva desde la cepa; pero todas esas transacciones, utilísimas á nuestra prosperidad agrícola, no se hacen siempre sin atropellos y podrás juzgarlo tú mismo. El hombre bajito á quien has ahorrado remordimientos futuros, es con seguridad un viñero miserable, y el chalán que has protegido es uno de los prestamistas más conocidos, de los más ricos y más avaros. Le conozco desde largo tiempo; es un ente poco digno de tu benevolencia.

—Amigo mío, si matando aquel hombre, tu pobre diablo hubiese suprimido la usura y por consecuencia la sociedad que la engendra, me verías inconsolable de haber impedido su acción; pero la desaparición de ese individuo no habría cambiado el orden de cosas, y es un cuadro demasiado grosero ver estrangular á cualquiera sin una fuerte compensación.

Al terminar Marcos estas palabras, la sirvienta se le aproximó y le dijo que la persona que él tan á tiempo había prestado su socorro, le rogaba que hiciera el honor de tomar con él una copa de vino añejo.

—Con mucho gusto—contestó al momento Justo, y dijo en voz baja al filósofo:—Esa gente beben siempre de los mejores vinos y éste será sin duda superior. Mientras yo les ayudo á vaciar botellas, tú podrás útilmente conversar con ellos.

Marcos no opuso ninguna objeción y, seguido de Justo, se sentaron á la mesa de los prestamistas. El chalán le estrechó con efusión la mano, pronunciando algunas palabras de agradecimiento y designando con el dedo á uno de los comensales á quien Marcos dirigió la vista. Era éste un hombre de edad, de respetable apariencia que parecía ser el decano de la compañía. Vestía un redingote y un pantalón negros; sobre su chaleco blanco una cadena de oro relucía en la comfortable proeminencia del abdomen, y su cara afeitada, con tez fresca y franca, tenía una expresión alegre de tranquilidad. Saludó á Marcos con un gracioso ademán de cabeza y tomó la palabra en estos términos:

—Señor, nuestro amigo no es experto en el arte de la oratoria, usted le dispensará, pues, si no puede manifestarle convenientemente su agradecimiento, le debe á usted lo que más se quiere: la vida. Porque usted le ha salvado á lo menos de una apoplejía. Debe sorprenderle á usted que nosotros sus cofrades, y hasta sus camaradas, hayamos dejado el cuidado de tomar su defensa á una persona extraña; nada más natural, sin embargo; nuestra intervención habría aumentado la rabia del asaltante y habría puesto á su lado á los indiferentes, porque á nosotros se nos estima muy poco.

—¿Por qué?—interrogó el filósofo.

—Porque somos usureros. Esa palabra le sorprenderá á usted, y quizá hasta el poco arte que empleo para explicar el oficio que ejercemos. Ya sé que comunmente ese término se toma á mala parte. A mi parecer es un prejuicio contra el cual nosotros debemos protestar. Desde hace treinta años, señor, he puesto todos mis esfuerzos en levantar nuestra dignidad profesional, y mi primer acto ha sido hacer inscribir sobre la puerta, debajo de mi nombre, no las palabras agente de negocios, ó director del banco hipotecario, ó, por ejemplo, administrador del crédito, sino «Usurero», y con letras muy grandes.

—Eso es muy atrevido—dijo Marcos.

—Medianamente atrevido, señor. ¿Mi vecino no escribe sobre el tablero de la puerta, tienda de comestibles ó panadero? ¿Qué somos nosotros sino mercaderes de dinero? No proteste usted—dijo dirigiéndose á Justo, que no pensaba siquiera en protestar, puesto que no abría la boca para mejor poder admirar el vino del Rhin que el chalán acababa de verter en su vaso;—no proteste usted, yendo á caer en el sofisma aristotélico y decir, como Stagyrite, que la esterilidad es la naturaleza del dinero. ¡Qué error y qué error más desgraciado, que los padres de la Iglesia que podían ser muy grandes santos, pero muy pésimos economistas, adoptaran la opinión de Aristóteles, y fueran con ello el origen de la malevolencia de nuestra corporación!

Estas palabras despertaron la rabia y la cólera del chalán. Se tornó su cara violada y tendió los puños hacia la puerta por donde había salido su adversario. Justo, á quien la bebida había enternecido, le recomendaba paternalmente la calma y le alentaba á olvidar con el vino el recuerdo de las ofensas. El hombre respetable replicó:

—¿No es el grito de la hipocresía, el clamor universal que se oye contra la usura? El mercader que viene á encontrarme y pedirme dinero prestado con el treinta ó cuarenta por ciento (es el tanto más elevado que exijo), ¿no gana, cincuenta y á veces ciento por ciento en los productos que él negocia?; con frecuencia es el interés de un día el que representa ese enorme beneficio. Y mientras ese mercader es estimado, á mí me desprecia, y ni siquiera daría su hija en matrimonio á un hijo mío. ¿Por qué pasa eso? Porque nosotros somos las víctimas de la ley. ¿No es inicua una ley que viola la libertad de los ciudadanos y que impide que obre cada uno según su voluntad?

—Un gran economista ha pensado como usted—dijo Marcos.—Ha dicho esas palabras: «Todo hombre de edad competente y de juicio sano, debe gozar del derecho de hacer, para obtener dinero, el negocio que él crea, después de un concienzudo estudio de la materia, ventajoso para sus intereses»; y añade: «No hay ningún mal en sacar de su dinero todo el provecho posible.»

—Esas son las propias palabras del ilustre Betham—gritó con entusiasmo el hombre respetable. Escribiendo su *Defensa de la usura*, escribió nuestro breviario. Yo preparo desde hace algunos años una edición crítica y popular de esa admirable obra, y cuento colocar miles de ejemplares en las ciudades y en los campos, lo que contribuirá infaliblemente á reformar la opinión. Permítame preguntarle á usted que conoce tan bien á mi maestro, la opinión que tiene formada de esta clase de propaganda.

—Que es excelente—contestó el filósofo, y añadió con una sutil ironía que sólo comprendió Justo:—Si semejantes ideas hubiesen sido propagadas desde largo tiempo entre el pueblo, los amigos de Lumkine no habrían visto lo que vieron.

—¿Quién fué Lumkine?—preguntaron á una voz todos los allí reunidos.

—Uno de vuestros hermanos, cuya historia les contaré otro día, si tienen gusto de oírla, pues hoy me encuentro cansado.

—Mañana—dijeron todos.

—Sea—contestó Marcos.—Mañana les aguardo aquí.

BERNARDO LAZARE.